

**Juan García Larrondo**

# **BENDITA GLORIA**

**(o NAFTALINA EN EL ABISMO)**

(FRAGMENTO)

*Nuevos golpes a la puerta. GLORIA coge la urna, se aferra a ella como si fuera su bien más preciado y, finalmente, abre. Entra VICTORIA, su hermana. También vestirá de luto, pero más elegante y no nos parecerá igual de triste. VICTORIA es más activa. Entra con prisas, enfadada. Detiene bruscamente la música.*

**VICTORIA.-** *(Renegando)* ¿Se puede saber por qué no abres ni coges el teléfono? ¡Llevo diez minutos llamando! ¿De repente te has quedado sorda?

**GLORIA.-** Me he quedado ciega. *(Extrañada)* ¿Tú no?

*VICTORIA resopla, enfadada. Se tapa la boca, agobiada por el aire que respira. GLORIA se sienta en la mecedora, acurrucada a la urna, mientras su hermana mira el interior de la casa, sin dar crédito.*

**VICTORIA.-** ¡Por Dios! ¿Y este desorden? ¡Qué desastre! Al no abrir pensé que te habría pasado algo y me he llevado un susto de muerte. *(Coge el móvil de GLORIA. Está apagado)* ¡Lo sabía! ¡Sabía que tendrías el móvil apagado! Esto no puede seguir así, Gloria. ¿En serio te parece normal? *(Silencio)* Los vecinos han llamado dándome las quejas porque te pasas las noches dando golpes y poniendo música a todo volumen. ¿Es cierto que anoche vino otra vez la policía? *(Silencio)* ¿Lo haces adrede o ya te has vuelto completamente loca? ¿Cuándo narices vas a darte cuenta de que la playa no es tuya y que ya no vives sola? *(Abre todas las ventanas, muy resuelta. Mira por una de ellas, espantada).* ¡Qué barbaridad! ¿Aún sigues sin limpiar el jardín? ¡Pero si está todo lleno de hierbajos y no se ve ni siquiera la piscina! Con razón entiendo que te hayan denunciado al ayuntamiento. ¡Eso debe estar lleno de bichos y de ratas! ¿No te da miedo? *(Cierra la ventana)* ¡Qué asco, por favor! ¿Qué has hecho con el dinero que te dí para el jardinero? Supongo que gastártelo en medicinas, en libros o en cualquier otra rareza de las tuyas, ¿verdad? *(Silencio)* Te estoy hablando. ¿Quieres dejar de hacerte la tonta? *(Más silencio. VICTORIA se arma de paciencia)* Papá hace meses que murió. ¿Qué pretendes? ¿Morirte tú también ahí sentada agarrada a sus cenizas?

Huele a rancio en toda la casa. ¿Es que no lo notas?... ¿Cuánto tiempo hace que no limpias? (*Olisquea a su hermana*) Y qué manía con meter toda la ropa en naftalina... (*Reniega, mirándola con lástima*) La vida sigue y no puedes continuar torturándote ni sufriendo de esa manera. Ya basta, por favor... Hiciste por él todo lo humanamente posible y...

**GLORIA.-** (*Fría*). Y tú, aparte de pagar la incineración, no hiciste absolutamente nada. Bueno. Ni siquiera eso. El funeral lo pagó tu marido que es el que siempre te lo paga todo.

**VICTORIA.-** (*No queriendo entrar en polémicas*) Eduardo se ha portado como un caballero. No creo que tengas derecho a decir de él ni una sola cosa mala...

**GLORIA.-** Sí. Eduardo es el marido perfecto. El padre perfecto. El cuñado perfecto. Incluso, si viviésemos en otra época, el típico fascista, corrupto y xenófobo perfecto.

**VICTORIA.-** (*Dolida. Notamos que calla, en total desacuerdo*). Bueno, si vas a empezar con tus complejos y a echarme otra vez en cara que no cuidé de papá, ahórrate el discurso. Tengo tres hijos y vivo a cien kilómetros de aquí. No puedo estar yendo y viniendo todas las semanas. Y sabes de sobra que nunca os faltó a los dos de nada, ni siquiera cuando te despidieron...

**GLORIA.-** Eduardo lo ha pagado siempre todo. Es cierto. He dicho que eres tú la que no has hecho nunca nada.

**VICTORIA.-** Eduardo es mi marido y gracias a su dinero – que te recuerdo también es el mío- no has acabado en la cárcel. Así que muéstrate un poco más agradecida y no me busques la lengua.

**GLORIA.-** Gracias. Gracias por evitarme una cárcel y por pagarme al abogado más caro del país para condenarme a seguir en esta otra...

**VICTORIA.-** *(Intencionadamente)* De esta “cárcel” ya sabes que puedes irte cuando quieras...

**GLORIA.-** Y para eso has venido, ¿verdad?

*Tenso silencio. VICTORIA reniega. Suena el timbre. VICTORIA abre la puerta. Entran DOS OPERARIOS vestidos con uniforme de trabajo de una empresa de mudanzas. No es necesario que tengan ni género ni rostros.*

**VICTORIA.-** Los muebles están en esa habitación. Menos la cama de matrimonio y el armario, saquen todo lo demás y déjenla vacía, por favor.

*Los OPERARIOS obedecen y entran en la habitación del padre. Mientras las hermanas hablan, estos irán sacando de su interior el mobiliario propio del lugar donde ha estado recluida una persona enferma y trasladándolo todo al exterior (cama hospitalaria, sábanas, goteros, grúa de lavado, etc...) GLORIA no parece inmutarse.*

**VICTORIA.-** He venido porque te dije que había pensado llevar lo de papá a las Hermanitas de los pobres, ¿no te acuerdas? Intenté avisarte de que había quedado hoy con la empresa de transportes pero, como no te dignas a coger el teléfono... Las monjitas seguro que saben de alguien que necesite cualquiera de esas cosas. Aunque si quieres quedarte con algo...

**GLORIA.-** *(Tras pensárselo)* La silla de ruedas. Ya tengo una edad y una nunca sabe cuando puede hacerle falta. La semana pasada me recorrí todo el paseo marítimo sentada en ella y un matrimonio de jubilados alemanes me dio un billete de veinte euros. Igual el próximo domingo vuelvo a hacerlo y así puedo ir pagándote a cómodos plazos todo lo que te debo...

*Justo cuando va a decirle algo, a VICTORIA le suena el teléfono. El tono del aparato debería ser muy festivo, incluso estridente.*

**VICTORIA.-** *(Al teléfono, de mal humor)* Dime, Edu. Sí... Sí, los del camión acaban de llegar y están haciendo ya el traslado. Claro

que está. Que no me entretengo, tranquilo. No, no sé lo que voy a tardar. Menos de media hora, imagino. Pues date una vuelta con los niños por la playa, que para eso también son tus hijos y ya te doy un toque cuando acabe. Mira, si quieres ver el dichoso partido te metes en un bar a verlo pero, por favor, no discutamos otra vez sobre lo mismo. Que sí, que está bien, no te preocupes. *(Mirando a su hermana, cínica)* Sí, ella también te manda muchísimos recuerdos. Vale, vale... Hasta ahora.

*VICTORIA cuelga y reniega de malos modos. GLORIA se percata, naturalmente.*

**GLORIA.-** ¿Problemas en el paraíso?

*VICTORIA niega y fuerza una sonrisa, pero está claro que algo se tambalea en su “paraíso”. Desea y no desea hablar sobre ello, pero se siente cobibida con el trasiego de los OPERARIOS, que sacan las cosas de la habitación con guantes y mascarillas.*

**VICTORIA.-** Todo va bien. Como siempre. *(Cambiando deliberadamente de tema)* ¿Has tenido noticias del hospital?

*GLORIA niega.*

**VICTORIA.-** ¿Tampoco te han contestado de donde dejaste los currículums? *(GLORIA insiste en negarlo)* No me estarás mintiendo, ¿verdad?

**GLORIA.-** Yo no. ¿Y tú? *(Pausa)* Tú sí que me ocultas algo. Te conozco desde que naciste y te lo noto todo a leguas.

**VICTORIA.-** *(Fingiéndose hartazgo)* ¿Qué vas a saber tú de mí si hace años que no compartimos nada? Y, además, cada vez que te llamo no coges el teléfono o directamente lo tienes apagado...

**GLORIA.-** ¡Qué pesada estás con eso! Me quedé sin saldo y no tengo dinero para recargarlo. Además, sabes perfectamente que, después de lo que pasó, no va a llamarme nadie, así que para qué

voy a encenderlo. Aunque tu marido haya pagado al mejor abogado, siempre seguiré siendo sospechosa de asesinato.

**VICTORIA.-** (*Apurada por la presencia de los OPERARIOS, enciende un cigarro*). ¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí encerrada? Gloria, ya lo hemos discutido hasta el cansancio. Si no tienes dinero, lo mejor es vender la casa.

**GLORIA.-** (*Mirándola, atónita*). ¿Me vas a dejar en la calle? ¿Ves cómo sí has venido a echarme? Las “Cien Rosas Blancas” es lo único que me queda. (*Le quita el cigarro y lo apaga*). ¿Cuántas veces tengo que decirte que no fumes aquí dentro?

**VICTORIA.-** (*Armándose de paciencia*) ¡No dramatices porque no hace falta que te quedes en la calle ni debajo de ningún puente, exagerada! Esos señores llevan años haciendo negocios con Eduardo y sabes que, gracias a la amistad que tienen con él, nos han hecho una magnífica oferta por el terreno. Más que magnífica, yo diría que hasta generosa.

**GLORIA.-** (*Harta*) Ya, ya sé que los “amiguitos” rusos de tu marido son unos “señores encantadores”... Y no sabes lo muchísimo que les agradezco que nos hayan llenado la playa entera de bloques horrorosos y de rascacielos... Gracias a los chanchullos que Eduardo tiene con ellos y con los del gobierno vosotros también sacáis una buena tajada. ¿Crees que no lo sé? Precisamente por eso preferiría regalarla antes que vendérsela a esa panda de especuladores. Tanto ellos como vosotros estáis podridos de dinero. ¡No necesitáis vender las “Cien Rosas Blancas” para seguir siendo millonarios!

**VICTORIA.-** Te equivocas. Estamos de deudas hasta las cejas. A esos inversores no les importa lo que sintamos por esta casa... Es la única antigua que queda en la cala y, cuando construyan los apartamentos, prometieron ofrecerte uno a bajo precio. ¡Un ático nada menos! Tendrás las mismas vistas. Incluso mejores.

Mientras duren las obras, con tu parte del dinero, te alquilas algo en otro sitio donde nadie te conozca y así, cuando vuelvas, la gente se habrá olvidado ya de todo y podrás empezar de nuevo. Esta casa está condenada a muerte. (*Comprensiva*) Sé que se lo juraste, pero papá ya no está y no hace falta que te empeñes en cumplir ninguna absurda promesa. No necesitas una casa tan grande ni tan vieja... Por Dios, Gloria, está en primera línea de playa, con más de tres mil metros cuadrados de terreno y, si la vendemos, con lo que nos han ofrecido, podrías hasta mudarte a otro país si te diera la gana...

**GLORIA.-** Las dos nacimos y crecimos aquí, ¿para ti no significa nada?

*VICTORIA hace un gesto de impotencia.*

**VICTORIA.-** ¡Pues claro! ¡Pero eso fue el siglo pasado! ¡En esa época a nadie se le hubiera ocurrido vivir en esta parte de la isla porque no había ni siquiera carretera! Ahora las cosas ha cambiado y todo está repleto de veraneantes y de bares. La casa se ve hasta ridícula en medio de tantos bloques nuevos... (*Revisa, melancólica, la galería de retratos*) Aquellos tiempos fueron preciosos y recuerdo todas las cosas bonitas que vivimos aquí juntos, cuando solo estábamos nosotros: mamá, papá, tú y yo, la casa, el mar, los perros y los pinos donde nos escondíamos en verano a ver a los primeros nudistas que llegaban... ¡Por supuesto que me acuerdo!

**GLORIA.-** ¿Y recuerdas cuando mamá nos contó por qué la casa se llamaba “Cien rosas blancas”?

**VICTORIA.-** (*Asintiendo*) Por el título de la canción y porque papá plantó en la entrada cien rosales blancos y la trajo en brazos desde el coche el día de la boda, para demostrarle lo mucho que la quería...

**GLORIA.-** (*Riendo*) Y al entrar los dos se cayeron en el suelo, justo donde estás tú ahora, y papá se llevó una semana con un chichón en la cabeza... ¿Te los imaginas?

*Las dos hermanas sonríen. Ambas acaban callando, algo tristes.*

**GLORIA.-** Los rosales ya se secaron. El último siguió dando rosas hasta hace poco. Yo le abría la ventana a papá para que los viera desde la cama...

**VICTORIA.-** *(Sabido por qué lo dice)* Todo al final se marchita, Gloria.

**GLORIA.-** *(Sabido por qué lo calla)* Hay amores que duran lo mismo que una flor cortada.

*VICTORIA deja de mirar los retratos y se esfuerza por ser realista. GLORIA se queda ensimismada.*

**VICTORIA.-** Las “Cien Rosas Blancas” fue nuestro hogar durante años, es verdad. Y aquí las dos hemos compartido momentos maravillosos. Pero, ¿de qué sirve ahora removernos las tripas recordándolo? Ya no somos niñas. Papá y mamá se fueron y aquí solo queda una casa que puede caerse cualquier día, un jardín enorme abandonado y también, aunque a veces los borremos, muchos malos recuerdos y fantasmas que no te hacen ningún bien... Ni a mí tampoco...

**GLORIA.-** Los fantasmas no me molestan. Están justo dónde tienen que estar: en su casa, conmigo, haciéndome compañía. Cuando empezaron a pasar las cosas horribles eras tú la que ya no estaba...

**VICTORIA.-** *(Dolida)* ¿Tienes poderes y ves dentro de mi cabeza? ¿Acaso puedes recordar por mí? ¿Qué sabes tú lo que yo viví o no viví también en esta casa?

**GLORIA.-** Te llevo unos años de ventaja por haber nacido antes y otros cuantos por haberme quedado aquí cuidando a dos enfermos.



**VICTORIA.-** ¡Claro! (*Harta*) La mismo cantinela de siempre... Por lo visto, según tú, yo estuve aquí de visita un par de fines de semanas...

**GLORIA.-** Después de casarte, se podrían contar con los dedos de una mano las veces que viniste a verles, pero allá tú con tu conciencia. Ahora es mi casa, mi caracola, y no voy a venderla. Y no porque se lo prometiese a papá, si no porque no me da la gana entregársela a esos mafiosos que han terminado convirtiendo nuestra playa en una parodia de Benidorm. Además, ¿para qué? ¿Para que tu marido siga haciendo negocios o jugando con ellos al golf y para que tú te pavonees con la alta sociedad y los políticos de la isla? ¡Olvídalo!

**VICTORIA.-** (*Enfadada*) Legalmente te recuerdo que “tu caracola” es de las dos, pero no estoy aquí para discutir ese tema... (*Apelando a la comprensión*) Mira, Gloria, estamos en banca rota, te lo juro. Esos tipos no son tan “amiguitos” de Eduardo como piensas y no querrás que ni tus sobrinos ni yo acabemos en la ruina o que mi marido termine entre rejas o con la garganta degollada, ¿verdad?... (*Sincera*) No puedo gastarme ya ni un solo céntimo más en mantener la casa... Así que si un día se te acaba cayendo encima o un grupo de bestias vienen a darte una paliza, tuyo será el problema. Esa gente no se anda con tonterías. Y no te preocupes por mis remordimientos de conciencia, que ya iré yo al psicólogo para que me los quite. ¿O te crees que a mí no me gustaría tener también un chalé en primera línea de playa? Para no estar disfrutándolo, creo que ya está bien de seguir pagándote arreglos mientras tú te quedas aquí tan tranquila recreándote en las vistas y sin hacer nada...

**GLORIA.-** Los paga tu marido, recuerda. Aparte de abrirte de piernas, eres tú la que no hace nada.

**VICTORIA.-** ¡Qué harta estoy de tu feminismo barato! ¿Crees que por haber cuidado de papá tienes derecho a hablarme de esa forma? Fuiste tú la que se empeñó en quedarse aquí con él... Te

negaste constantemente a que lo ingresáramos en una buena residencia porque se te llenaba la boca diciendo que “eso no se hacía con un padre”, que no era necesario porque para eso te habías hecho enfermera... ¿Qué quieres? ¿Qué te demos la casa como premio? ¡Basta ya de hipocresías! Papá era un alcohólico y, después de cómo nos trató, no se merecía ni uno solo de los desvelos que has pasado aquí a su lado como si fueses una esclava, como si estuvieses pagando por una culpa que no es tuya...

**GLORIA.-** ¿Qué sabes tú de mis culpas?

**VICTORIA.-** ¡Lo mismo que tú de las mías! Además, ¿qué le debías a papá? Desde que empezó a beber incluso a mamá le hizo la vida imposible. ¿O ya no te acuerdas cuando llegaba borracho y se orinaba en los rosales para hacerle daño? ¿O de aquella nochebuena cuando la empujó a la chimenea y le quemó toda la cara? Pues yo en esa época sí que estaba y sí que lo recuerdo. Eso y muchas otras cosas. Mamá se murió de pena, con la cabeza ida y la cara achicharrada, igual que se murieron las rosas.

**GLORIA.-** Y a papá la lástima le devoró luego las entrañas. Y todos los días vomitaba sangre con espinas. Una por cada rosa muerta.

**VICTORIA.-** ¿Y qué culpa tuvimos nosotras? Lo que hiciste por él es digno de admiración, por supuesto, pero no se lo merecía. Primero dejaste de salir con Rafael por cuidarle, luego perdiste tu trabajo por lo que pasó y ahora... Ahora sigues aquí, sacrificándote... ¿Para qué? Sé que es duro, pero las dos sabemos que no te quiso nunca. Así que no te hagas la mártir ahí agarrada a sus cenizas como si fueses una pobrecita huérfana porque no creo que tampoco tú fueras una hija perfecta...

**GLORIA.-** ¿Yo? Pero si esa siempre fuiste tú. Tú, que ni siquiera estudiaste. Tú, que te quedaste embarazada al mes de estar saliendo con Eduardo. Tú, que te casaste y te largaste a vivir a la

capital como una marquesa. Tú, que no venías casi nunca a visitarles... Eras tú la favorita. (*Acaricia sus libros*) Daba igual lo que yo hiciera, es verdad. Daba igual que me pasara horas a la cabecera de su cama, los libros que leyera, las matrículas de honor que me dieran en la escuela... Jamás le importó lo más mínimo que estudiase una carrera para aprender a cuidar de él cuando empezó a ponerse enfermo. Le dio lo mismo que renunciase a casarme y a tener una familia como tú para poder quedarme a su lado... Cada vez que entrabas por esa puerta se le iluminaba la cara y, mientras pudo, jamás dejó de preguntar por ti, de esperarte y de hablar maravillas de su hija “la perfecta”. A mí no me dedicó nunca ni una puñetera sonrisa. Tienes razón. No me quiso nunca. De ti le gustaba todo. De mí solo le gustaban mis tetas... y otras cosas...

**VICTORIA.-** (*Atónita*). ¿De qué estás hablando?

**GLORIA.-** De que no voy a vender la casa, Victoria. Si quieres venderla, tendrás que hacerlo conmigo dentro, con el resto de sus bichos, de sus malas hierbas y de sus fantasmas...

*VICTORIA, sofocada, se levanta y se dirige a la cocina para beber algo. Al abrir los muebles para buscar un vaso, ve que todos están sucios y llenos de medicinas. Reniega y mira a su hermana, espantada...*

**PARA CONTINUAR CONTACTAR CON EL AUTOR O CON  
EDITORIAL ARTEZBLAI PARA ADQUIRIR LA OBRA  
COMPLETA.**